

Hacia el desmontaje de la masculinidad

Olmo Morales Albarrán

Introducción

Me gustaría empezar aclarando que no soy un académico, sino que, por el contrario, apporto a este libro mi experiencia trabajando con hombres, varones jóvenes, adolescentes y niños durante quince años. Dicho trabajo ha estado enfocado en la prevención y erradicación de la violencia contra las mujeres. Todo lo volcado aquí es el resultado de un ejercicio de diálogo entre lo escrito por muchas mujeres y algunos hombres que han teorizado acerca de la opresión de los unos sobre las otras y esa experiencia de trabajo con varones de distintas condiciones sociales y varios posicionamientos respecto al feminismo.

Quienes nos centramos en trabajar con población masculina solemos realizar una distinción a partir de cómo se posicionan los hombres ante la desigualdad. Apreciamos tres lugares o categorías. En un extremo tenemos a los varones con fuertes resistencias a siquiera escuchar el término feminismo o igualdad; son quienes en muchos casos niegan la violencia machista, la minimizan o directamente se consideran víctimas del feminismo o de las mujeres. En el otro extremo, tenemos a los hombres más sensibilizados, quienes se declaran a favor de la lucha de las mujeres y son, al menos en parte, conscientes de la desigualdad, aunque no por ello dejan de desarrollar resistencias ante el trabajo propuesto. En ambos casos, los hombres o chicos adolescentes que ocupan esos lugares no suelen ser la mayoría; por el contrario, la masa crítica la encontramos en un tercer lugar, que estaría en medio y que conformarían aquellos varones a los que el feminismo les suscita contrariedades. Estos pueden compartir algunos argumentos con uno de los extremos y otros con el otro; son aquellos denominados ambiguos o ambivalentes.

Los grupos suelen tener distinta composición dependiendo, fundamentalmente, de la entidad u organismo que convoque y de si los hombres están obligados a participar en la actividad o no. A veces, un grupo está solo compuesto por esos que llamaremos «sensibilizados». Normalmente se trata de convocatorias realizadas por un espacio de igualdad o una concejalía al que acuden hombres con cierto interés o curiosidad por generar cambios en sus relaciones con las mujeres. Otras veces, cuando los hombres están obligados a participar o lo hacen por compromiso con la entidad, suele reducirse el número de «sensibilizados» y aumentar el de los «ambivalentes» y el de los «resistentes». En estos casos, el fondo del trabajo debería ser el mismo: poner en cuestión el poder ejercido en su relación con las mujeres. Sin embargo, el ritmo será más lento, se requerirán más sesiones y será más necesario que en otros grupos generar un vínculo que legitime al facilitador, además de intentar evitar debates mediatizados en pro de desvelar lo que hacen y dejan de hacer en el cotidiano con las mujeres.¹

Identidad/subjetividad

A lo largo de este capítulo quizás sorprenda no leer, más allá de en estos párrafos que siguen, la palabra «identidad». Esto tiene una explicación.

Cuando hablamos de identidad es inevitable que la mente se nos vaya a aquello con lo que nos identificamos en un ejercicio de agencia consciente. En el tema que nos ocupa, el machismo, los privilegios de los hombres y la violencia masculina contra las mujeres, es difícil que alguien exprese que se identifica con ello. De hecho, es improbable que un hombre se identifique con el machismo. Lo más probable es que niegue que existe o que, aun reconociendo su existencia, se niegue a ver que esté dentro de él. Incluso, aunque reconociese que está dentro de él, no he conocido a hombres que hagan de ello su signo de identidad, pues tienden a identificarse con aquello que, de un modo u otro, tiene un valor social o al menos un valor para determinados grupos sociales en que podemos o no estar incluidos. Con esto no quiero decir que no se construya cierto sentimiento de pertenencia al ejercer el poder masculino en contra de las mujeres; de hecho, así vamos construyendo lo que más adelante veremos como fraternidad, corporativismo masculino, pacto entre caballeros, etc. Esto, sin embargo, no resta valor a lo dicho previamente: ningún hombre se identifica nunca con el machismo y el poder sobre las

1. Para profundizar en dichas intervenciones, véase «Hombres y adicciones», pág. 86.

mujeres. ¿Y entonces? ¿Qué concepto vamos a usar a lo largo de este capítulo? Utilizaremos el término «subjetividad», subjetividad masculina. ¿Por qué? Pues porque este concepto nos remite a la noción de sujeto, que viene de sujetado, sujetado a una cultura, a unos valores y unas creencias que son fundamentales para entender quién soy, aunque probablemente no me identifique con ellos. No me identifico, al menos conscientemente, y es precisamente esto lo que nos interesa. Esos valores son individualistas, misóginos, machistas, supremacistas en tanto que hombres en relación con las mujeres. Es buena parte de lo que seguramente nos genera rechazo *a priori* y que, sin embargo, está en la base de nuestra cultura y, por lo tanto, de nuestra socialización. Es decir, es un concepto que nos ayuda a poner el foco en lo que nos «ata»² y de algún modo nos seduce más o menos conscientemente, aunque no queramos o podamos verlo. Hablar de subjetividad es una forma de no poner el foco en el sueño, en la fantasía de lo que nos gustaría ser y, por lo tanto, en lo que no somos, sino en aquello que somos, pero no queremos ver porque no habla de nuestras virtudes, sino, en el caso de los hombres, de nuestra falta de ética en relación con las mujeres.

1. La especialización masculina: el saber de la dominación

Construcción de la subjetividad masculina

Aclarado este punto sobre la identidad y la subjetividad, podemos, ahora sí, adentrarnos en la socialización masculina y ver cómo se va construyendo esa subjetividad específica que desarrollamos los hombres. Esa subjetividad que encarna una mirada, un modo de ver que va a condicionar nuestras prácticas relacionales, los vínculos con nosotros mismos, con otros hombres y con las mujeres, siendo en estas últimas donde debemos poner el foco si queremos erradicar la violencia sexista.

Vivimos en un mundo ya organizado, en que el poder está distribuido, ordenado, tanto a un nivel simbólico, de cuyo orden el lenguaje es el mejor ejemplo, como a un nivel material, vamos a decir práctico, donde la capacidad de acción o la agencia está fuertemente condicionada por el lugar que ocupamos en dicha organización, nuestras condiciones de posibilidad.

2. No me gustaría que este término aquí utilizado pudiera leerse como algo que nos oprime a los hombres o que de alguna forma nos «obliga» a actuar de determinada manera; de hecho, veremos más adelante que la reproducción social de prácticas machistas y el afán perpetuador de la distinción de clases sexuales vienen más animadas por la satisfacción que por ningún tipo de atadura.

Desde antes de nacer ya se va preparando el mundo para acogernos de formas distintas y desiguales. Antes de saber comunicarnos usando el lenguaje hablado, niñas y niños empezamos a aprehender una forma específica de estar en el mundo y de relacionarnos. Leo Thiers-Vidal resume del siguiente modo tres registros interaccionales que marcarán la subjetividad masculina:

«La relación con el yo masculino (activo, lugar legítimo de placer, punto de partida para la agentividad, autonomía singular); la relación con los pares de género (inscripción, bienvenida y tratamiento en tanto que miembro de una comunidad privilegiada); la relación con las no-pares de género (disfrute de una posición vivida fuente de experiencias interaccionales asimétricas)» (Thiers-Vidal, 2010, pág. 275).

Vamos a ver primero esa forma de relación que los hombres establecen consigo mismos. Uno puede autoperibirse de muchas formas, introvertido o extrovertido, generoso, miedoso, torpe, inteligente, estable, etc. Todas esas ideas del yo van a marcar cómo nos relacionamos en esos registros interaccionales. De hecho, si atendemos a algunas ideas del yo y las miramos con ojo crítico y perspectiva feminista, podemos entender cómo opera esa vivencia privilegiada y dominante sobre las mujeres en la autopercepción masculina. Un ejemplo de esto es cuando conjugamos estas autopercepciones con el imaginario social que existe sobre las mujeres y que ha sido construido por y para los hombres. Dichas autopercepciones van a ser un reflejo inverso de las ideas generadas sobre las mujeres, imaginario que veremos más adelante. Pero cómo nos autopercebimos no solo va a estar marcado por un imaginario social preexistente y reconstruido cotidianamente a partir de nuestra existencia en relación, sino que va a estar fuertemente condicionado por las experiencias que tenemos o, lo que es lo mismo, de las experiencias que tenemos vamos incorporando creencias a estos tres niveles de interacción.

Veamos qué ocurre con el grupo de pares masculino. Si preguntamos a hombres que han tenido relación con el discurso de las nuevas masculinidades, vamos a encontrarnos recurrentemente con asociaciones a la «competitividad» y a la «violencia». Esto es interesante porque supone un ejemplo de cómo los hombres sensibilizados que asumimos el discurso de las nuevas masculinidades adoptamos características negativas que son intrínsecas a todos o muchos grupos sociales, y generamos la creencia de que es algo propio casi exclusivamente de la relación entre hombres, lo que denota cierto interés victimizante. Es decir, la competitividad y la

violencia (entendida en un amplio espectro, no reduciéndola a la violencia física) se dan igualmente dentro del grupo social de las mujeres, pero ellas se hacen menos eco. Sin embargo, si analizamos lo expresado por hombres más resistentes o tradicionales (quizás de forma más honesta), lo que vamos a observar es que el grupo de pares se vive como un lugar para la libertad, donde no hay que medir lo que uno dice o piensa, lo expresa sin cortapisas. Comentarios recogidos de los que podemos deducir esto último son, por ejemplo, «es que ya no se puede decir nada», «es que todo les molesta», «si te descuidas te denuncian por decirles un piropo»³ o un comentario que dicen a muchas chicas cuando tienen más relación con ellos que con ellas: «Tía, tú sí que molas, eres como un tío, se puede hablar de todo contigo». El grupo de iguales sería aquí, por lo tanto, un lugar para libertad, pero también para la impunidad. Impunidad basada en la falta de consecuencias ante las violencias ejercidas contra las mujeres y que va a ser sostenida por la sociedad y especialmente por otros hombres, quienes van a cerrar filas con el agresor, legitimando su relato y desacreditando el de la agredida. Esto es lo que se ha venido a nombrar corporativismo masculino, fratría, complicidad masculina o pacto entre caballeros. Es muy gráfico el siguiente relato de una niña de primaria en torno a la experiencia de impunidad masculina: ella nos contaba cómo se quejaba ante una profesora de que un niño la estaba molestando y lo que recibía era un «bueno, no es para tanto, los niños son así, intenta no hacerle caso». Este ejemplo de impunidad temprana es uno de muchos. En realidad, pueden darse distintos escenarios con un mismo resultado: la agredida no identifica la violencia como tal y, por lo tanto, permanecerá en silencio; la agredida no querrá ser cuestionada y tachada de mentirosa y, por lo tanto, no visibilizará ni denunciará la violencia sufrida; la agredida hará pública la violencia sufrida, pero prácticamente todos los chicos y parte de las chicas se pondrán del lado del agresor, y en muchos casos la propia autoridad o institución participará de ello. Lo que tienen en común estos escenarios es que agredir no tendrá consecuencias para él y, si las tiene, estarán mediadas por la predisposición social a perdonar, no castigar.⁴ O minimizar los daños que generan los varones a las mujeres.

3. Extraído de sesiones de trabajo con hombres «resistentes» y «ambivalentes» y con varones adolescentes de la ESO.

4. Véase el relato antipunitivista que intenta presentar al feminismo como un movimiento que centra su reacción en el castigo a los agresores. Sin embargo, la misma gente que esgrime tal discurso no hace una crítica a quienes defienden que tienen que estar perseguidos y penados otro tipo de delitos como la evasión de impuestos de las clases altas o la corrupción. Parece que se olvidan de que los agresores de izquierdas forman parte, al igual que corrup-

La relación con ese otro dialéctico, las mujeres. Cuando trabajamos con hombres, el imaginario que construimos sobre las mujeres en espacios donde no están presentes no es casualidad que suela ajustarse al imaginario social ya existente en la sociedad. En dicho imaginario las mujeres son «más torpes», «tienen peor orientación», «son más miedosas», «están obsesionadas por su imagen», «son quienes nos quitan la libertad», «secundarias», «malas», «aprovechadas», «sargentos», «cuidan mejor», «inestables emocionalmente», etc.⁵ Es desde este imaginario que los hombres establecen las relaciones con las mujeres. Y ese imaginario construye, a su vez, como antes dijimos, por inversión, ideas del yo en tanto que hombre. Es decir, yo por el hecho de no ser mujer voy a considerarme más o menos conscientemente «más ágil», «menos miedoso», «menos obsesionado con la imagen», «víctima», «protagonista, importante», «bueno», «extremadamente generoso o justo», «víctima y subordinado», «con menos capacidad para cuidar» o «más estable emocionalmente». Todas estas autopercepciones serán en relación con las mujeres; en relación con el grupo de pares sí puede aparecer una autopercepción que entre en contradicción con dichas características. Sobra decir que esto no es una regla o norma general sin grietas, pero sí es, desde luego, lo que solemos encontrarnos en el trabajo con hombres. En cuanto a las no pares, los hombres establecen relaciones de explotación, uso y aprovechamiento, entre otras cosas, de la disposición cuidadora que se impone a las mujeres y su profunda naturalización (Covas, 2009).

Un ejemplo de esto sería la experiencia masculina de poder disponer del espacio del recreo libremente. Se puede estar en el centro jugando al fútbol o se puede estar en los bordes jugando con las chicas. Mientras que ellas son expuestas a violencia si intentan ocupar los espacios centrales y masculinos, los chicos van a ser acogidos, integrados y tratados especialmente bien por las chicas. De esta experiencia los hombres aprendemos que tenemos derecho a un mayor margen de elección que las chicas en cuanto a actividades, a una mayor libertad en el uso del espacio y a que ellas nos presten especial atención y nos incluyan en sus dinámicas. Si al hecho de poder usar el espacio central le sumamos el mayor número de protagonistas masculinos en los productos culturales, especialmente en el cine, podemos deducir que los hombres incorporamos la creencia de que

tos y clases altas, de una clase dominante. La única diferencia es el eje de opresión que analizamos.

5. Extraído de sesiones de trabajo con hombres «sensibilizados» en que se explora cómo se representa a las mujeres en los espacios solo de hombres, esto es, espacios de homosocialización masculina.

somos más importantes. Desarrollamos, así, cierto afán de protagonismo y una tendencia al autocentramiento y la autoreferencialidad (Bonino, 2004). Esto es solo un pequeño ejemplo de la relación entre experiencia masculina y creencias incorporadas a través de esta.

Experticia masculina

Si conceptualizamos la masculinidad como ese lugar existencial privilegiado sobre las mujeres en que se nos coloca a los hombres ya antes de haber nacido (el poder preexiste al sujeto) y contemplamos la definición que Luis Bonino hace de ella en tanto que «el derecho a la subordinación y sometimiento de las mujeres», podemos entender que lo segundo deriva directamente de lo primero, de la experiencia vivida desde una posición social de hombre. Esto significa que, a través de las experiencias disfrutadas por los hombres en relación con las mujeres y de las que podemos ser más o menos conscientes, generamos un cierto goce, una satisfacción y un disfrute de ese lugar existencial que nos trae hartos beneficios. Cuando Leo Thiers-Vidal⁶ trae al análisis de la relación de desigualdad específica establecida entre hombres y mujeres, que Christine Delphy denomina «*sexage*»,⁷ el concepto de «experticia»⁸ viene a hablarnos de una destreza central desarrollada por los varones a lo largo de su vida, especialmente en la infancia y la adolescencia.

Para desarrollar el concepto de experticia masculina, Thiers-Vidal recurre, entre otras fuentes, a la psicología cognitiva y al enfoque interaccionista y fenomenológico, más ligado este último a las terapias humanistas.

Desde la psicología cognitiva recoge la siguiente cita acerca del significado de experticia:

«Los esquemas de sí [por ejemplo, las identidades sociales que provienen de categorías sociales, como, por ejemplo, la identidad de género] en dominios particulares sensibilizan al individuo con respecto a la información que es pertinente para estos dominios. Este interés reforzado y esta atención hacia un dominio particular produce un stock de saber denso y bien organizado. Las personas provistas de esquemas de sí en dominios particulares [...] desarrollan un tipo de experticia para un dominio, y esta ex-

6. De su libro *De L'Ennemi Principal aux principaux ennemis*. Ed. L'Harmattan, 2010.

7. Definida como la relación de apropiación de la clase sexual de los hombres sobre la clase sexual de las mujeres.

8. Traducido del inglés *expertise*.

perticia tiene una gran cantidad de consecuencias para la gestión subsecuente de la información». (Gurin y Markus, 1989, pág. 54).⁹

La noción de experticia parte de suponer que los seres humanos somos sujetos agentes dentro de una estructura social establecida y que esta condiciona en gran medida nuestros deseos e intereses.

Es importante traer a este análisis cómo existen diferentes dominios de conocimiento dependiendo de los lugares sociales en que hemos sido socializadas y socializados. Es decir, en los lugares de subordinación se desarrolla, no sin cierta conciencia del lugar que se ocupa, un conocimiento de la resistencia. La mujer que vive una situación de maltrato genera estrategias de supervivencia; las mujeres de vuelta a casa desarrollan estrategias para evitar sufrir agresiones sexuales o intimidaciones. Las mujeres llevan décadas compartiendo en los grupos de toma de conciencia las estrategias de resistencia que han ido desarrollando frente a la opresión cotidiana de sus compañeros de cama, de trabajo, etc. Del otro lado, los hombres han desarrollado un conocimiento específico de la dominación y opresión de las mujeres que, con mayor o menor conciencia, han ido compartiendo entre el grupo de pares mediante su explicación o mediante su aplicación. Un ejemplo de esto es cuando un chico que va a ir al cine con su novia cuenta a sus amigos que han echado a suertes la película que van a ver y que ha salido la que quería ella, ante lo que un amigo le sugiere «dile que han ingresado a tu padre y que tienes que ir al hospital».¹⁰ Otro ejemplo sería cuando un hombre relata a un grupo de amigos que, frente al enfado y señalamiento de su pareja mujer y para conseguir que se redujera en ella la actitud de alerta ante lo que él hacía o dejaba de hacer que, intentaba «vaciar el vaso que estaba desbordado haciendo pequeños méritos», y que le funcionaba muy bien, menos en esa ocasión, en que no encontraba un mérito suficiente para vaciarlo.¹¹ Este hombre en ningún momento se cuestionaba los *por qué*s del vaso lleno y si era justo lo que hacía, sino que generaba técnicas para vaciarlo y, así, poderlo volver a llenar con sus descuidos y desatenciones, con sus prácticas desigualitarias y de abuso.

9. Gurin, P., y Markus, H. (1989). Cognitive consequences of gender identity. In S. Skevington & D. Baker (Eds.), *The social identity of women* (pp. 152-172).

10. Caso real en un grupo de 4º de ESO de un centro educativo de la CAM. Con la particularidad de que al chico se le escapó en un ejercicio involuntario de espontaneidad delante de compañeras, en un grupo mixto, a raíz de trabajar la situación descrita a través de la técnica del teatro foro.

11. Escuchado en una mesa de un restaurante en Madrid.

Los micromachismos desarrollados por Bonino (2006) son un buen ejemplo de experticia masculina en tanto que técnicas y estrategias puestas en marcha por los hombres a través de las que, sosteniéndose sobre la estructura social y cultural basada en el sexo, los imaginarios sexo-genéricos y, por ende, las subjetividades masculina y femenina, consiguen afianzar a las mujeres en un lugar de subordinación a la par que refuerzan su lugar de privilegio. Ese sostenimiento es lo que permite su invisibilidad, y es importante subrayar que en su invisibilidad reside su efectividad. No debemos olvidar que el control ejercido con violencia explícita a través del miedo es el recurso de quien no desarrolló la habilidad para conseguirlo de otro modo.

Podemos decir que, a través de nuestras vivencias, vamos desarrollando una serie de intereses, nos focalizamos inconscientemente en aspectos que nos son beneficiosos, pues partimos de una estructura social en que los valores principales son el individualismo y la búsqueda del bienestar personal, especialmente en el caso de los hombres. No olvidemos que frente al *ser para los otros* expresado por Marcela Lagarde para explicar la subjetividad de las mujeres, los hombres son socializados en una disposición opuesta que es el *ser para sí*. Desde esos valores que interiorizamos y que se traducen en intereses de primer orden vamos a ir interpretando las experiencias, y estas vivencias e interpretaciones nos van a aportar un conocimiento específico, como ya hemos comentado. Ese conocimiento no es otro que el de los aprendizajes sociopolíticos y prácticos que nos serán de utilidad en la consecución de esos intereses y en el afianzamiento de dichos valores. Tales aprendizajes nos van a permitir desarrollar herramientas o estrategias en el ámbito interpersonal y en el mundo interno. Entre estos ámbitos va a existir un vínculo inseparable, lo que yo me cuente va a estar muy relacionado con lo que yo cuente, de tal forma que mis mecanismos internos de «salvación» van a estar integrados en discursos tanto a un nivel macro como a un nivel cotidiano y relacional, y van a conformar una parte importante de mi subjetividad. Cuando hablamos aquí de «mecanismos internos de salvación» nos estamos refiriendo a las autojustificaciones que se dan los hombres para seguir desresponsabilizándose, para bloquear o desviar la interpelación feminista como si no fuera con ellos, bien desvirtuando el feminismo, bien cambiando el enfoque y, por lo tanto, el marco desde el que el feminismo viene conceptualizando la problemática de la masculinidad. No podemos olvidar que uno de los privilegios más poderosos que se nos ha otorgado a los hombres es el poder de definición de la realidad, de establecer, en otras palabras, la arena en la que se van a encontrar los discursos y de disponer de un mayor capital simbólico y material para conseguir imponer el marco que nos conviene.

2. La obsolescencia de los modelos masculinos y la defensa de la(s) masculinidad(es)

Introducción. Nexo entre la masculinidad tradicional y las nuevas masculinidades

Sabemos que la distribución del poder ha ido cambiando a lo largo de los siglos. A veces se han ido transformando los grupos sociales opresores y oprimidos, incorporando cambios, y, en otros casos, como el que nos ocupa, ha ido cambiando la forma en que se ejerce la dominación, alterándose de cierta manera tanto la estética como la práctica opresora. Lo que está claro es que el poder, en su afán de reproducción, necesita renovarse, no puede permanecer inmóvil, especialmente ante los movimientos de resistencia nacidos de los grupos subordinados. En algunos ejes de poder esto es fácilmente observable y criticado por un amplio espectro de miradas, pero, en el caso del dominio masculino, tiende a verse más como una subversión que como un cambio requerido para, precisamente, mantener ese lugar en relación con las mujeres. Algunos ejemplos de estos cambios en otros ejes de opresión son el desarrollo del «capitalismo verde», la construcción social de un imaginario que ha establecido como real «la clase media» o las tendencias que promueven que las y los trabajadores se sientan parte de la empresa para que aumente su productividad y flexibilidad/disponibilidad.

Dicho esto, vamos a ver de qué modo la masculinidad tradicional transformada en nuevas masculinidades va adaptándose a los nuevos tiempos para seguir perpetuando su lugar de privilegio sobre las mujeres.

En los últimos años, hemos podido observar un creciente uso de apellidos para denominar la masculinidad. Algunos negativos o negativizantes como «tóxica»,¹² «patriarcal»,¹³ «hegemónica», etc., y otros, vamos a decir, positivos o positivantes como «subalternas», «disidentes», «nuevas», «igualitarias», etc., que vienen a contraponerse a esas otras que desprenden un fuerte olor a naftalina, toros y fútbol o actualmente a cierto olor *forocochero*.

12. Véase cómo se utiliza este adjetivo tan de moda para camuflar una práctica de dominación masculina como una práctica relacional al margen de la estructura, ya que «tóxico» es utilizado en prácticamente cualquier tipo de relación y por cualquier persona sobre otra independientemente de los lugares existenciales que se estén ocupando y que vienen a definir el tipo de relación establecida.

13. Veremos en profundidad más adelante el pleonismo que esto supone y para qué y para quién es útil utilizarlo.

Generar este tipo de distinciones viene a diluir, precisamente, el marco de pensamiento feminista para sustituirlo por un marco de interpretación de la realidad basado en teorías promovidas fundamentalmente por hombres y beneficiosas para los hombres: los estudios de masculinidades. No vamos a entrar en detalle sobre este punto, pero es importante aclarar que el enfoque aquí defendido es que la masculinidad es en sí un lugar opresivo sobre las mujeres por mucho que la vistamos de seda, le pintemos la raya del ojo, la sentemos con las piernas cruzadas o nos la llevemos a manifestaciones feministas. La lucha por la emancipación de las mujeres, especialmente el feminismo materialista francés, viene a señalar la masculinidad, tal y como hemos desarrollado anteriormente, como esa posición social en que se nos coloca a los hombres nada más nacer y que nos va a reportar siempre beneficios en relación con ellas y, quizás más importante, a costa de ellas. Por lo tanto, el camino hacia la equivalencia existencial, por usar palabras de Susana Covas, pasa por cuestionar ese lugar tanto como el lugar de la feminidad en que se coloca a las mujeres. En este sentido, y como ya han dicho numerosas autoras, el asunto es ver cómo abolirla y no cómo seguir inventando otras adaptadas a los nuevos tiempos (masculinidades subversivas, disidentes, rebeldes, sensibles, etc.), porque estas masculinidades lo más que van a hacer es subvertir el orden dentro de la jerarquía masculina, es decir, dentro del grupo social de los hombres (Martínez Redondo y Luján Acevedo, 2020). Alterar dicha jerarquía podrá generar nuevos estereotipos, nuevas escaleras, nuevas pirámides en que, por ejemplo, los «hombres sensibles» estén arriba y los «hombres tradicionales», con sus gustos y apetitos obsoletos, vayan quedando por abajo. Pero no podemos olvidar que esto no es garantía de subvertir el ordenamiento de género en relación con las mujeres, sino simplemente en relación con nosotros mismos en tanto que grupo social. Implica una simple subversión del orden intragénero. En este nuevo orden, los hombres con prácticas más saludables para sí mismos, aquellos que van a terapia, que no fuman, que disfrutan de aspectos de la paternidad o que simplemente son autónomos en cuanto al trabajo doméstico se refiere van ascendiendo de categoría, mientras que aquellos anclados en modelos que siguen manteniendo, por ejemplo, las conductas de riesgo, que desvalorizan el crecimiento personal, que están desconectados de su cuerpo o que tienen conversaciones y relaciones entre hombres más superficiales van quedando por debajo y, por lo tanto, insisto, obsoletos.

Esto es de lo que estamos hablando cuando decimos que estamos creando nuevos modelos que se contrapongan a la masculinidad mal llamada hegemónica. Digo «mal llamada» hegemónica porque actualmente

ese modelo está en pugna con esos otros modelos de hombres que ya no quieren ir a 200 km/h con el coche, que tienen intereses distintos al fútbol y al mundo del motor, que no quieren relacionarse superfluamente, sino entablar conversaciones más profundas o que se desligan del consumo de sustancias.

Estos nuevos modelos de masculinidad podemos encontrarlos hoy en día en la mayoría de las series y películas coexistiendo con el modelo tradicional. Existe una lucha por la hegemonía dentro de los modelos de masculinidad como ya señalara Connell:

«La masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo, el mismo siempre y en todas partes. Es, más bien, la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable» (Connell, 1995).

En todos esos modelos de hombres representados actualmente en los productos culturales hay una férrea defensa de la masculinidad desde al ámbito más conservador y de las masculinidades desde los sectores más progresistas. Desde posiciones más conservadoras y esencialistas, directamente se hablará de revalorizar la masculinidad y reconectar con ella. Desde posiciones más progresistas, se buscará distinguirse de lo conservador utilizando el plural y poniéndole apellidos. Una línea por negación y la otra por asunción de pequeños cambios cotidianos implantando, a su vez, un cambio de paradigma a la hora de conceptualizar la masculinidad. Igual que encontramos rastros de experticia en las respuestas esquivas de los hombres ante el señalamiento de las compañeras de las microviolencias ejercidas en el cotidiano, podemos encontrarlos también en discursos más mediáticos o incluso en prácticas de intervención que vienen a desenfocar el problema real de la masculinidad: el problema de los hombres que sufren las mujeres.

Desde este punto de partida, podemos entender las distintas subculturas masculinas como estrategias discursivas y teórico-prácticas que resultan de utilidad para esquivar la flecha del feminismo que apunta directamente a los hombres como beneficiarios de la desigualdad y agentes opresores sobre las mujeres.

El marco discursivo sobre el cambio de los hombres

Partiendo del análisis y la síntesis que realizan Aquiles Chihu Amparán y Alejandro López Gallego en el artículo «El “análisis de los marcos” en la obra de William Gamson», se presenta el siguiente análisis acerca de la deriva discursiva en torno a los hombres y el cambio.

Del relato del antifeminismo y los hombres neotradicionales y del de las nuevas masculinidades—presentado como contrarrelato—, ambos aceptados como los que pueden participar de la arena discursiva y política actual, emerge un metarrelato que es el del victimismo masculino y el «no todos los hombres». ¿Es posible que, frente al mediatizado miedo a la ultraderecha, hayan conseguido los conservadores establecer los marcos del debate sobre el cambio de los hombres? ¿Puede que hayan conseguido poner en el centro los sufrimientos masculinos? ¿Acaso no encontramos en los discursos dirigidos a hombres desde las instituciones un relato que coloca al feminismo como el medio para aliviar dichos sufrimientos?

La «cultura de un asunto político» posee una estructura que Gamson denomina «paquete» (*package*). Normalmente, un «paquete cultural» (*cultural package*) posee un «núcleo» (*core*) que consiste en un «marco» (*frame*). Ese «marco» es una idea central que produce una comprensión particular de los eventos relacionados con el asunto político en cuestión. Un «paquete cultural» es articulado o expresado como discurso a través del uso de un conjunto de «dispositivos simbólicos».

Estos cuentan con dos partes: el enmarcado y el razonamiento o justificación.

El enmarcado es la interpretación particular que hace un actor sobre el problema y el razonamiento es la elaboración de argumentos que apoyen la credibilidad del enmarcado realizado por el paquete cultural. Lo que aquí vamos a analizar es el enmarcado.

Existen cinco dispositivos de enmarcado:

1. La metáfora: la utilización del sujeto asociado en la metáfora tiene la finalidad de indicar que el sujeto principal posee ciertos atributos que no son percibidos de manera inmediata, de forma que esos atributos no visibles a primera vista quedarían evidenciados. No se plantean metáforas en este caso, porque hacerlo desmontaría el razonamiento mismo de las nuevas masculinidades, ya que sería absurdo plantear ese mismo razonamiento en otros ejes de opresión. Un ejemplo de esto podría ser algo como lo siguiente: en el caso de «los hombres ganan con la igualdad», la metáfora que podríamos

hacer sería que «la redistribución de la riqueza supone una ganancia para la clase propietaria», algo que nadie se plantearía afirmar para promover que la clase propietaria colectivice sus bienes o simplemente para justificar una subida de impuestos a la misma. Utilizar dicha metáfora dejaría en evidencia, precisamente, lo que se intenta defender, que «los hombres ganamos con la igualdad», haciéndose evidente la absurdidad de dicha afirmación.

2. Los ejemplares se refieren a la utilización de eventos históricos reales pasados o presentes para «enmarcar» al sujeto principal, o para clarificar el tipo de atributos que posee el sujeto principal. Un ejemplo de 2022 es el utilizado por el Ministerio de Igualdad en una campaña dirigida a sensibilizar a los hombres titulada «El hombre blandengue»,¹⁴ en que se presenta al Fary como paradigma del pasado, obsoleto y no deseable. Frente a esto, encontramos los ejemplos en que se presenta a los hombres felices y sonrientes porque están cuidando, limpiando la casa o maquillándose (donde las mujeres están ausentes) como en el vídeo promocional del espacio El Plural de Barcelona¹⁵ titulado «Home».
3. Las consignas constituyen la utilización de una frase para sugerir el «marco» general utilizado por el paquete. «Un feminismo para el 99%», «los hombres también ganamos con la igualdad», reafirmando así la idea equivocada de que el feminismo no es la lucha de las mujeres por su emancipación, sino una especie de cajón de sastre donde tiene cabida hasta el grupo social que ejerce la opresión.
4. Las representaciones son las caracterizaciones de los sujetos principales ubicados por el «paquete cultural». Se trata de representar la masculinidad tradicional como triste, frustrada, «frágil», violenta y desconectada de sus emociones para representar al feminismo como salvador y educador de los hombres. Acorde a esta representación institucional, podemos encontrar el vídeo promocional del Salón Erótico de Barcelona de 2022:¹⁶ sobra decir que es la cara A de la industria de la pornografía y de la explotación sexual de las mujeres.

14. <https://www.youtube.com/watch?v=ZsVWRpExdGw>

15. <https://www.youtube.com/watch?v=vVKZieaHgW8>

16. <https://www.youtube.com/watch?v=c74Bk2O8kVY>

5. Las imágenes visuales son los iconos e imágenes que sugieren el núcleo del «paquete». El gris tradicional frente al todo color de la igualdad viene a conectar simbólicamente el cambio de los hombres con algo positivo para ellos, completamente ligado al imaginario actual que representa la Happycracia,¹⁷ en que la sonrisa y la felicidad (variables subjetivas) se convierten en un imperativo social por encima de la justicia y la redistribución del poder.

Las consecuencias son los argumentos que se pueden esperar de los diferentes tipos de decisiones políticas, mientras la apelación a principios se caracteriza porque son los «paquetes» que recurren a apelaciones morales y a la defensa de ciertas normas o preceptos generales. Mediante este recurso, se argumenta a favor de la legitimidad moral del «paquete cultural» utilizado. En este caso, lo que podemos ver es que los argumentos éticos se convierten en secundarios en un afán de no incomodar demasiado a los hombres y alegando que es un movimiento estratégico para involucrarles en la lucha en la consecución de la igualdad.

Consecuencias de este paquete:

- La creencia ciega de que con la igualdad ganamos también los hombres, lo que implica poner la prioridad en la salud de estos y responde a un marco ideológico más anclado en el humanismo y en la lógica neoliberal del *win-win*.
- La consecuencia de desechar la creencia de que los hombres deben renunciar en pro de la salud de las mujeres es que se desplaza al feminismo y se le aparta como marco de pensamiento y análisis social, devaluando los argumentos éticos como motores de cambio.

En este sentido, no se puede decir que el cambio de los hombres implique una renuncia, porque parecería que eso sería darle la razón a los planteamientos conservadores que rezan que el feminismo es un cáncer que perjudica a los hombres, es decir, tiene costes para ellos. Frente a este discurso y en un afán de «llegar» a la mayor cantidad de hombres posible, incluyendo a los negacionistas, se intenta, desde las instituciones, representar el feminismo como una ganancia para los hombres. Así, se tergiversan las ideas centrales del feminismo y, por lo tanto, se ponen en entredicho sus

17. Cabanas, E., e Illouz, E. (2019). *Happycracia*. Paidós.

planteamientos más básicos: los hombres deben renunciar a privilegios como la ocupación de cátedras o puestos de dirección, la sobrevaloración y reconocimiento extra recibido o simplemente a la cantidad de tiempo propio y espacio mental para sí disfrutado a costa del tiempo y del espacio mental de las mujeres. No se trata de otra cosa que de redistribuir el poder de una forma equitativa con las mujeres, y eso no implica ganancias, al menos a corto plazo, más allá de una mayor coherencia, para lo que deben tenerse una serie de valores que entran en conflicto con los incorporados desde una posición vivida como masculina.

Los hombres, a través del discurso de las nuevas masculinidades, asientan un marco de pensamiento cada vez más hegemónico que iguala estas nuevas formas de ser hombre hoy con unas relaciones justas entre hombres y mujeres. Varones que se cuidan y disfrutan de cuidar, que se achuchan, van a terapia y hablan de sus emociones. En paralelo, se utiliza el concepto de «hombres de verdad», que promueve la conceptualización de la «masculinidad hegemónica» que igualan a «machista» como una fotografía, como unos estereotipos fijos en vez de como esa posición social que va cambiando y adaptándose, pudiendo adquirir distintas estéticas y prácticas reproductoras de desigualdad. Por otro lado, alguna de esas nuevas prácticas masculinas tiene un mínimo nexo con las demandas de las mujeres, y es que, frente al modelo tradicional de hombre que no expresa qué le pasa ante la interpe-lación de las mujeres porque en teoría «no lo sabe»,¹⁸ aquí los hombres hemos generado un nuevo modelo que da importancia al autoconocimiento, aspecto tradicionalmente feminizado. Los hombres vamos desarrollando habilidades en ese sentido, pero seguimos sin mostrar aquello que nos avergüenza o nos deja en mal lugar, así que lo que entrenamos al final es una retórica de lo interpersonal no demasiado honesta que nos permita seguir saliéndonos con la nuestra (Martínez Redondo y Luján Acevedo, 2020).

Se ha generado la creencia de que los hombres deben incorporar aspectos de lo femenino como medio para revertir la desigualdad. Sin embargo, lo que vemos en el trabajo con hombres sensibilizados con el feminismo es que siguen construyendo relaciones injustas con las mujeres a pesar de incorporar dichos aspectos. Concretamente, respecto al interés por el autoconocimiento, este, sin una perspectiva crítica y feminista, se convierte en una forma más de autocentramiento masculino, uno de los pilares más sólidos de la subjetividad privilegiada (Bonino, 2004). Un ejemplo de autocentramiento lo encontramos cuando realizamos una dinámica en la que

18. Otro ejemplo de victimización social de los hombres, al igual que ocurre cuando se expresa como «incapacidad» lo que en realidad es una «habilidad» no desarrollada o entrenada.

proponemos bucear en la propia experiencia en relación con las mujeres en la infancia y la adolescencia para identificar privilegios. Lo que en numerosas ocasiones nos encontramos es con hombres que, insisto, sensibilizados con el feminismo, se han dedicado durante la dinámica a explorar aspectos de su infancia y adolescencia que los diferencian de otros hombres y exponen al grupo experiencias sobre las que no se les había preguntado. Aluden a la relación con su grupo de pares y no con las mujeres y relatan vivencias donde ellos perciben haber sido devaluados por no ser «del grupo de los *guays*», tal y como ellos mismos expresan.¹⁹ Vuelven a ponerse en el centro del trabajo como víctimas dejando fuera del cuadro a las mujeres o, como mucho, las nombran para decir que tenían muchas hermanas o muchas amigas, como haciendo ver que eso los aleja del sexismo.

2.1. La brocha gorda negacionista

Vamos a ver algunos discursos que se arguyen por parte de estos hombres que podemos nombrar como «resistentes», antifeministas o «neotradicionales» y que vienen a realizar una defensa de la masculinidad y de los hombres frente al avance de las mujeres.

Como bien apunta Elisa García-Mingo, los nuevos *tiktokers* y figuras masculinas relevantes de los pódcast neomachistas promueven la idea central de desarrollo personal en sus publicaciones y exposiciones. Es decir, subrayan la importancia de centrarse en uno mismo, en la autorealización, en sus deseos y proyectos personales y profesionales con el fin último de triunfar en la vida y ser considerados «hombres de alto valor». El crecimiento personal es, de hecho, un aspecto central de la sociedad actual, junto a la emocionalidad y el afán por encontrar la felicidad, siempre de la mano de un optimismo irracional, fuente inagotable de consumo (Cabanas e Illouz, 2019), que buenamente podríamos empezar a denominar como trastorno de optimismo compulsivo.

Vivimos en la era de la emocionalidad y el sentimentalismo, en que los argumentos racionales y los datos han sido sustituidos por justificaciones basadas en la emoción. Esto lo vemos cada vez más cuando aportamos datos oficiales en las aulas y contestan que los datos están manipulados y que se pueden encontrar datos que dicen otra cosa, sin que les importe cuál sea la fuente aportada. No hay que olvidar que, cuando hablamos de emocio-

19. Esto no solo lo escuchamos en grupos de hombres sensibilizados, sino también por parte de profesionales del ámbito social, educativo y sociosanitario.

nes, estamos hablando de algo experiencial y subjetivo. Es decir, estamos imponiendo un marco de pensamiento que desecha el intento de acercamiento a la realidad a través de instrumentos de medición, validación, contraste, etc., para imponer la «verdad» de las impresiones, percepciones y autopercepciones. Todo intento de conocer la realidad es cuestionable y, sin embargo, nada subjetivo lo es, porque la experiencia, al ser única, no se puede someter a crítica ni puede ponerse en cuestión, convirtiéndose así en la única realidad reconocible como tal.

Para entender qué tiene que ver esto con la subjetividad masculina y las resistencias de los hombres hoy en día, podemos partir de esta cita de Marilyn Frie:

«Si una persona o actividad se ve afectada por alguna fuerza o barrera con la que se topa esa persona, no se puede llegar a la conclusión de que esa persona está oprimida simplemente porque se encuentra con esa barrera. [...] Hay que observar la barrera o la fuerza y responder varias cuestiones sobre ella. ¿Quién la construye y mantiene? ¿De quién son los intereses que se ven beneficiados por su existencia? ¿Es parte de una estructura que tiende a limitar, reducir e inmovilizar a un grupo? ¿Es la persona miembro de ese grupo limitado? Múltiples fuerzas, barreras y limitaciones con las que puede toparse una persona pueden ser parte o no de una estructura opresiva, y, si lo son, la persona puede estar o en el lado del oprimido o en el lado del opresor de esta. No se puede saber por lo mucho que se queje la persona.» (Frye, M., pág. 38)

Como apuntan Elisa García-Mingo y Laura González,²⁰ las dos ideas clave del ideario del antifeminismo español son la deshumanización del hombre y la desechabilidad masculina, y ambas funcionan como base de un discurso victimizante. Sobre la primera argumentan que los sufrimientos de los hombres son ignorados y desatendidos (sinhogarismo, adicciones, fracaso escolar, etc.). Y sobre la segunda, la desechabilidad masculina, señalan una supuesta tendencia de la sociedad a preocuparse menos por la seguridad y el bienestar de los hombres que de las mujeres (suicidios y homicidios, fundamentalmente). Esta segunda idea, tal y como recuerda García-Mingo, fue propuesta por Warren Farrell en los años 1990. No deja de ser paradójico que fuese en los años 1990 cuando se popularizó el trabajo con hombres desde el enfoque de la salud, poniendo en el centro el bienestar masculino para reducir las conductas de riesgo asociadas a ese modelo

20. Activistas de los derechos de los hombres en España: ideólogos y víctimas arquetípicas de la manófera.

de masculinidad. Lo más paradójico es que, hoy en día, ese tipo de trabajo se esté vendiendo, comprando y promoviendo por parte de las instituciones como un trabajo con los hombres que previene la violencia de género y revierte la desigualdad.

Algunos de los discursos y temáticas que exponen los hombres y adolescentes «resistentes» en los talleres y grupos suelen ser: las denuncias falsas (por violencia de género o violación); cómo la división sexual del trabajo impone a los hombres labores que consideran más duras y con mayor riesgo; los distintos baremos en las pruebas físicas para entrar en cuerpos de emergencias (policía, cuerpo de bomberos, etc.); las mujeres provocan que les agredan sexualmente por cómo se visten y dónde van; la ley de violencia de género discrimina a los hombres; los violadores y asesinos de mujeres «están mal de la cabeza»; las mujeres son unas aprovechadas y solo buscan el dinero; las mujeres lo eligen (desde hacerse fotos de su cuerpo y colgarlas en redes sociales, mandar *nudes*, dedicar dos horas a arreglarse para salir con las amigas hasta prostituirse).

Todos estos discursos podrían agruparse en dos subconjuntos: mecanismos exculpatorios y mecanismos victimizantes.

Es muy interesante el concepto de «plataformización del dolor» presentado por Chouliaraki (2021) y recogido por García-Mingo y González (2024) como la exhibición del dolor y la vulnerabilidad en una autorepresentación victimizante a través de redes sociales. La manosfera es buen ejemplo de ello, donde abundan memes, *reels* e infografías que intentan colocar a las mujeres como privilegiadas y, reproduciendo un imaginario clásico del patriarcado, como llenas de maldad e injustas con los hombres.

2.2. La brocha fina de los nuevos hombres

El trabajo con hombres desde un enfoque supuestamente antisexistista y que está siendo pagado con presupuesto del pacto de Estado está implicando una apropiación indebida de dicho presupuesto, pues se está centrando mayoritaria y hegemonícamente en trabajar los malestares masculinos más que los molestares de los hombres a las mujeres.

Este desvío de fondos nos debe poner en alerta de lo que supone a un nivel macro la estrategia masculina de cambiar para que nada cambie. No hay más que revisar las actividades para hombres financiadas con dicho presupuesto para encontrar invitaciones a, supuestamente, desmontar el patriarcado rompiendo el marco de la «caja de la masculinidad». Esto es, invitaciones a bailar entre hombres, hablar de las frustraciones que generan

los gatillazos o, en general, los costes que una masculinidad tradicional tiene para ellos, a charlar de los beneficios que puede traerles la paternidad y el autocuidado, a valorar y estimular la ternura, a buscar a su niño interior, a conectar con su vulnerabilidad o a expresar el afecto entre hombres con abrazos y besos. Todas estas actividades son cuanto menos cuestionables en tanto que generen algún tipo de cambio o renuncia en relación con las mujeres. Como ya sabemos, el feminismo es, en esencia, incómodo para los hombres (Azpiazu, 2017), y si no lo es, no está cuestionando las estructuras de poder entre hombres y mujeres y, por lo tanto, tiene poco de feminismo y no ayuda a revertir la desigualdad.

Podemos encontrar, retomando la noción de plataformización del dolor, una cantidad ingente de infografías en la red que vienen a colocar a los hombres como víctimas del patriarcado subrayando y poniendo en negrita los mandatos de género y proponiendo la idea de «liberación» masculina como medio para conseguir la igualdad con las mujeres.

No es casualidad que quienes se dedican a promover en los hombres, a través de vídeos en redes sociales, pero, también, a través de un trabajo de sensibilización e intervención con ellos, lo que vamos a llamar «el ideario de las nuevas masculinidades», compartan muchos de los ejes vertebrales de esos discursos antifeministas en tanto que exculpatorios y victimizantes. Además, podemos ver cómo el tipo de trabajo que se plantea tiene mucho que ver con el desarrollo personal, algo que, como ya se ha señalado, está siendo tendencia en las redes sociales y en la sociedad actual, algo de lo que los nuevos tiktokeros antifeministas se están haciendo eco.

Es muy común encontrar expresiones del tipo «se siente excluido», «el pobre solo quiere ser padre», «el pobre solo quiere tener sexo» y una larga lista de etcéteras que vienen a cuestionar el marco histórico del feminismo. Intentan, desde el sentimentalismo, deslegitimar, en el primer ejemplo, el derecho a los espacios no mixtos de las mujeres, y en los siguientes la legitimación de la explotación reproductiva y la explotación sexual a través de la prostitución. Estos son solo tres ejemplos, pero en el cotidiano de las relaciones interpersonales entre hombres y mujeres, en el sexaje, encontramos una deriva masculina que, como bien señala Roberto Garda, implica la necesidad de poner la atención en cómo se está llevando esa adaptación de la masculinidad al marco actual y, por lo tanto, a un cambio en las estrategias de dominio masculinas: «El hombre de las nuevas masculinidades antes te controlaba con su enojo y ahora con su llanto».²¹

21. https://www.eldiario.es/sociedad/roberto-garda-hombre-nuevas-masculinidades-controlaba-enojo-ahora-llanto_128_9043102.html

Desde el análisis acrítico de que a los hombres se les ha negado su emocionalidad, podemos llegar a escuchar hablar incluso de «castración emocional». Este término de «castración» utilizado aquí es especialmente significativo para el tema que nos ocupa. Lo más parecido a esto de forma sistematizada en seres humanos es la ablación, una práctica de violencia salvaje que permite seguir utilizando a las mujeres como máquinas reproductoras, pero que les niega directamente el derecho al placer sexual amputándoles una parte de su cuerpo cuya función es precisamente dar placer. Utilizar el término «castración emocional» implica una penosa comparativa en que los hombres somos colocados como víctimas de altura igualando nuestro sufrimiento por los malestares de género a los de las mujeres. Quizás elevándolos por encima de ellas, pues, al igual que a los hombres, aunque cada vez menos, se les invita a no expresar emociones de vulnerabilidad, a las mujeres se les ha negado expresar emociones poderosas como la rabia o la ira y nadie habla de la «castración emocional» de las mujeres.

Como hemos visto anteriormente, «la plataformización del dolor» es tendencia y no solo en la manófera. Parece que el mantra de que «conectar con la propia vulnerabilidad y mostrarla o exhibirla» va a hacer a los poderosos (los hombres en el caso que nos ocupa) moverse hacia lugares más equivalentes con las mujeres se cae por su propio peso. Hemos pasado una pandemia en que la vulnerabilidad ha estado a flor de piel, y no por ello se han revertido estructuras de poder ni las clases poderosas han renunciado a sus privilegios. Susana Covas lleva años trabajando con quienes ha dado en llamar «las damnificadas de las nuevas masculinidades», en que, precisamente, la vulnerabilidad expuesta por los hombres ha supuesto que las mujeres confundieran las nuevas masculinidades con hombres más justos en las relaciones con sus compañeras. Sin embargo, se han encontrado con situaciones muy similares a las que habían vivido con hombres más tradicionales (Covas, 2019).

Discursos victimistas y exculpatorios

Aquí lo que cambia respecto a los discursos antifeministas es que no son las mujeres las opresoras directas, sino que es el patriarcado. El discurso que victimiza a los hombres desde un supuesto antisexismo es aquel que parte de conceptualizar la masculinidad como una jaula o una caja, planteando que la masculinidad sea una categoría estereotípica en que se impone enca-

jar a los hombres.²² Desde ahí, lo que se va a trabajar con los hombres es que puedan salir de esa caja generando la creencia de que tal movimiento va a propiciar unas relaciones más equivalentes con las mujeres. Sin embargo, ¿realmente pensamos que el hecho de que los hombres dejen de conducir imprudentemente va a generar unas relaciones más justas con las mujeres? ¿Realmente pensamos que el hecho de que los hombres pongan más atención en sus autocuidados va a generar mayor equidad con las mujeres?

Intuyo que las respuestas serán negativas, pues el hecho de que las clases opresoras y privilegiadas se pongan aún más en el centro de su mirada, su propósito y sus cambios y enfoquen estos hacia un mayor bienestar propio no va a favorecer la redistribución del poder que ostentan.

A pesar de saber todo esto, seguimos escuchando de forma mediatizada expresiones como:

«Los hombres tenemos privilegios, pero a costa de nuestra salud», relacionando directamente el disfrute de los privilegios con los costes asociados a un modelo de masculinidad específico, olvidando que, por ejemplo, el mayor reconocimiento y valor de la palabra de un hombre sobre los de una mujer no requieren de coste alguno ni tienen que ver con cumplir ningún estereotipo masculino, sino con el simple hecho de ser hombre.

«Los hombres nos metemos mucha presión...» Pareciera que los hombres tuviéramos menos criterio que otras clases privilegiadas, pues nunca se escuchó «es que entre banqueros se presionan mucho». Un ejemplo de esto es la forma en que se subraya la frase «¿a que no hay huevos?» y se amplifica como si los hombres ante ella hicieran cosas que jamás harían, como si esa frase hiciera que se saltaran sus líneas rojas. Recientemente me he dedicado a preguntar en aulas de tercero y cuarto de la ESO por esta afirmación, y la respuesta de los chicos ha sido reconocer que si llegan a hacer algo después de que les digan esa frase es porque estaban indecisos sobre si hacerlo o no. Es decir, reconocen que no les presiona a hacer algo que jamás harían, sino que se trata más bien de un código masculino para animar a hacer algo que uno no se termina de atrever a hacer.

«A los hombres se nos brutaliza y niega la sensibilidad». Se argumenta que el hecho de que a los hombres se les entrene para la violencia explícita y la guerra implica una desconexión con, por ejemplo, la ternura. Sin em-

22. De ahí el uso extendido del término «hombres de verdad» que sirve para resaltar y amplificar la presión que sufren los hombres respecto a un modelo de masculinidad tradicional.

bargo, la ternura no es en sí misma generadora de equidad. Por poner un ejemplo, es un hecho que existe un *boom* de vídeos virales sobre mascotas y animales que a quienes los ven les genera ternura. Sin embargo, eso no ha generado una viralización del veganismo como ejemplo de equidad con ellos. Y aunque la ternura fuese sinónimo de equidad, sabemos que ser hombre y vegano no supone en ningún caso tener prácticas menos abusivas con las mujeres. En torno a la sensibilidad y el hecho de llorar en público, tenemos el reciente ejemplo viral de los tenistas Federer y Nadal llorando de la mano, y no hace falta recordar las declaraciones que este último ha tenido criticando el reclamo de equidad de las mujeres y el feminismo, incluso llegando a afirmar que su vida profesional no se vería afectada por su paternidad.

«Los hombres nos suicidamos más y es por el patriarcado» suele ser una afirmación utilizada para entrar a trabajar con los hombres para la prevención de la violencia de género como una estrategia de acercamiento. No es casualidad que sea una afirmación repetida hasta la saciedad por quienes tratan de colocar a los hombres como víctimas en la mansosfera. Hay una reflexión que escuché a Fabián Luján Acevedo que, me parece, ayuda a entender por qué esto no tiene que ver con la desigualdad entre hombres y mujeres, ya que no es relacional sino individual, como casi todas las quejas masculinas achacadas al patriarcado por los nuevos masculinos. La reflexión es la siguiente: «Los hombres morimos o nos matamos por lo que hacemos, pero las mujeres sufren violencia y son asesinadas por el mero hecho de ser». Podemos afirmar que la mayor tasa de efectividad en los suicidios por parte de los hombres²³ no nos habla del género como forma de relación con las mujeres.

«Los hombres tenemos que demostrar virilidad constantemente de cara a otros hombres». Una pregunta que siempre realizo en las formaciones a mujeres profesionales es: ¿vosotras tenéis que demostrar feminidad? La respuesta es siempre «sí». Y no solo eso, sino que tienen que demostrar mucho más que los hombres, porque a los varones se les exige menos en general, en términos profesionales, de cuidados, de apariencia, de higiene, etc. Basta con traer aquí la «triple jornada» para que no se requiera mayor argumentación. El castigo social por no cumplir estereotipos siempre ha sido mucho mayor sobre las mujeres que sobre los hombres.

23. Recordemos que la tasa de intentos de suicidio es mayor en mujeres.

Estos son solo algunos ejemplos de victimismo masculino, pero podríamos relatar muchos más.

3. Deseabilidad y práctica discursiva del *Not all men*

Se ha convertido en algo común leer o escuchar la frase «no todos los hombres, pero sí demasiados».

Esta afirmación, que es un *not all men* en toda regla, puede suponer una derrota o una cesión en pro de los hombres. El «no todos» abre una puerta por la que una mayoría de los hombres pueden y deciden colarse. Es un argumento esgrimido tanto por los neotradicionales o antifeministas como por la mayoría de hombres posicionados públicamente a favor del feminismo. Todos los hombres se consideran diferentes y más igualitarios que la media. Cuando realizamos un ejercicio de autopercepción en relación con el respeto a las mujeres, una mayoría aplastante de hombres se autopercebe como muy poco machistas o incluso como nada machistas. ¿Significa esto que sea la realidad? Evidentemente no, esto nos indica la autoimagen que tienen de sí mismos, pura autopercepción. Los hombres más comprometidos, sensibilizados o «trabajados» suelen ser los que más reconocen que les queda mucho por caminar hasta practicar la equivalencia existencial con ellas.

En redes sociales, y a cuento de la reciente respuesta viral de las mujeres acerca de encontrarse con un oso o con un hombre en un bosque, la respuesta de una figura mediatizada que se ha hecho referente masculino e *influencer* fue la siguiente: le parecía «preocupante», porque le parecía una visión «esencialista del género», señalando que «los hombres» también son «el hijo de Carmen o el hermano de Ana». Como si estos no pudieran ser posibles agresores. Como si no pudiéramos hablar del grupo social de los hombres y del grupo social de las mujeres. Es decir, este referente refuerza el «no todos los hombres» a la par que denuncia que el feminismo «se pasa» con ellos. Es preocupante porque cada vez que un hombre escucha la frase «no todos los hombres, pero sí muchos» automáticamente se coloca en lugar de los «pocos». Y además, si se establece que hay un «feminismo malo» y otro «bueno», todos van a querer comprar la idea del «bueno», el que no incomoda, el complaciente y el que permite que los hombres se salven.

Quizás no todos los hombres violen, abusen de mujeres, exploten la disposición cuidadora de sus parejas mujeres, amigas, madres o hermanas, ocupen espacios protagonistas o las utilicen como sostén emocional. Qui-

zás no todos los heterosexuales las cosifiquen sexualmente ni todos los homosexuales sientan asco de un cuerpo de mujer. Sin embargo:

- Todos los hombres hemos sido socializados en la misma cultura machista que genera la creencia de que los hombres son superiores intelectual y moralmente y, por supuesto, mucho más importantes que las mujeres. Esto, independientemente de nuestra condición de clase, raza u orientación sexual.
- Todos nos hemos librado de las violencias específicas que sufren las mujeres por el hecho de serlo.
- A todos se nos ha exigido cuidar en menor medida que a las mujeres.
- Todos nos hemos visto hiperrepresentados en los productos culturales respecto a las mujeres.
- A todos se nos aplauden los pequeños cambios que podamos hacer en el camino hacia unas relaciones más justas con las mujeres.
- Todos disfrutamos de partida de mayor paz interior que las mujeres, pues sentimos mucha menos culpa que ellas.
- Todos somos más escuchados por el mero hecho de haber nacido hombres.

Esto son solo algunos ejemplos, pero hay muchísimos más.

La experticia masculina se manifiesta cuando se mediatiza que el machismo y la violencia contra las mujeres son cuestión de «algunos hombres» o del «patriarcado», eximiendo, por lo tanto, a los hombres como grupo social de ser los responsables del daño a las mujeres, porque no podemos olvidar que los privilegios masculinos son, como ya hemos comentado anteriormente, a costa del tiempo, energía, valoración, reconocimiento, etc., de las mujeres.

«La concreción con respecto al agente causal es una condición necesaria para la constitución de un “marco de injusticia”. Por lo tanto, la competencia en torno a la definición de los agentes causales es un campo de batalla crucial para el desarrollo de los “marcos de injusticia”. Así, pues, un “marco de injusticia” requiere que ciertos actores humanos sean conside-

rados como los responsables de traer consigo el sufrimiento y el daño en la sociedad.» (Chihu Amparán y López Gallego, 2003).

Concluyendo, desviar la atención hacia entes abstractos como «el patriarcado» o situar el ejercicio de la desigualdad sobre «algunos hombres malos o locos» es una estrategia ajedrecista que, sin duda, vuelve a beneficiar a la clase sexual de los hombres en su totalidad.

4. Algunas claves del trabajo con hombres para revertir la desigualdad con las mujeres

Hasta ahora hemos intentado explicar por qué no todos los modelos de intervención con hombres sirven para revertir la desigualdad con las mujeres. Por el contrario, cada forma de intervenir se ajusta a un diagnóstico específico del problema. También hemos visto cómo los hombres tenemos una tendencia profunda que nos lleva a victimizarnos y a colocarnos en el centro. Frente al discurso de que «hay que entrar a trabajar con los hombres los mandatos de género», vamos a aportar en esta sección del capítulo algunos puntos fundamentales que, aunque incomoden, realmente son operativos y funcionan según lo que vemos en las evaluaciones que recibimos; incluso son agradecidos por la mayoría de los hombres con los que trabajamos, a la vez que afirman salir «removidos» o «revueltos» consigo mismos.

Hoy en día, no hace falta justificar la importancia que tiene el lenguaje a la hora de construir la realidad. En vez de promover actividades dirigidas a hombres mediante llamativos carteles con títulos tales como «¿Cómo es ser hombre hoy?», deberíamos centrar los esfuerzos en promover actividades que entiendan el género como una forma de relación con las mujeres.

Los objetivos que tendríamos que marcarnos en la intervención con hombres para erradicar la desigualdad con las mujeres no tienen que ver con el autocuidado, sino con cómo los hombres podemos descuidar y desatender, especialmente a las mujeres o a quienes con ellas compartimos dicha responsabilidad de cuidar. No versará sobre el disfrute de la paternidad, sino sobre estimular la asunción de responsabilidades y la reciprocidad en la relación de pareja. No consistirá en mejorar la relación con uno mismo y otros hombres, sino en construir relaciones más equitativas con las mujeres. Será alimentar la autocritica en tanto que hombres, mientras se estimula la empatía con las mujeres, ya que lo segundo sin lo primero puede convertirse en un nuevo recurso para la dominación. Resumiendo, algu-

nos de los objetivos específicos deseables para trabajar con hombres bajo la finalidad de erradicar el sexismo podrían ser los siguientes:

- Aumentar la empatía con las mujeres.
- Estimular la autocrítica en tanto que varones.
- Favorecer el cambio de actitudes y prácticas con las mujeres.
- Reconocer el aprovechamiento masculino de la desigualdad.
- Identificar ventajas masculinas.
- Incrementar la capacidad de confrontación entre iguales.
- Motivar el cambio ético en los hombres.
- Desnaturalizar la disposición cuidadora de las mujeres.
- Asumir la necesidad de hacer renuncias en la relación con las mujeres.

Lo que es invisible a los ojos no se puede transformar. El hecho de mirar es importante, y mirar en este caso implica necesariamente un ejercicio honesto de autocrítica, en que el yo, la autoimagen consecuencia de una socialización patriarcal sea puesta en cuestión. Una mirada que permita entablar un diálogo con uno mismo cual pesquisa, que indague sobre los aspectos que, *a priori* y conscientemente, uno señalaría en los demás (o no) y que considera dignos de ser juzgados (o no) desde un punto de vista ético. Estos aspectos que no quiero o puedo ver con claridad en mí mismo porque implicarían una ruptura interna de la idea que tengo de mí, idea que me proporciona uno de los privilegios masculinos menos nombrados, una valiosa paz mental.

Esta ruptura o quiebra de la autoimagen conllevaría, a su vez, una traición hacia uno mismo. Este es el punto que tenemos que proponernos, promover esa traición interna al yo que no queremos ver ni reconocer, ese que nos habla de nuestra experticia y afán de dominación sobre las mujeres.

En este sentido, deslegitimar y desnaturalizar serán dos de los procesos más relevantes que deberíamos tratar de generar para encender el cambio ético de los hombres.

Deslegitimar centrando las campañas y las intervenciones en visibilizar los daños a corto y largo plazo que generan las violencias masculinas en las mujeres, desde las más explícitas hasta las más sutiles. Transmitir la idea de que aquello que los hombres han vivido históricamente como derechos genera, en realidad, costes existenciales para las mujeres (no para ellos, por más que se insista). Deslegitimar es, en última instancia, no permitirse, no dejarse ser. Es colocar el tan mitificado deseo al otro lado de la línea roja. Es, frente a los discursos individualistas que promueven la «liberación del deseo», ponerse límites al mismo en pro de un mundo más vivible y justo para las otras. Por

poner un ejemplo, si el deseo masculino nos anima a ocupar los lugares centrales y protagonistas, parece evidente que precisamente el camino del cambio está en callarse y ocupar lugares socialmente secundarios en pro de una redistribución de esos espacios tradicionalmente masculinizados. Sobra el ejemplo de poner el propio placer por encima del de las otras, desde las formas más sutiles en las relaciones amorosas o sexoafectivas hasta las más brutales de la explotación sexual con violencia explícita y la sumisión química.

Desnaturalizar el lugar existencial de las mujeres desmontando el mito de la libre elección y mostrando ejemplos del aprovechamiento que hacen los hombres de ciertas «elecciones» de las mujeres que encajan a la perfección con los deseos y fantasías más sexistas de estos. Visibilizar nuevos imaginarios que rompan con la representación histórica de la feminidad desdibujando las expectativas masculinas sobre las mujeres (maternalización, disposición cuidadora, reproductora y sexual, rol de secretaria, etc.). Desnaturalizar es no dar por hecho, es poner en cuestión, es preguntarse acerca de lo que uno espera y no espera y por qué. Se trata de romper la expectativa que por socialización los varones podemos tener sobre las mujeres, generalmente muy relacionada con el servicio, con la servidumbre en distintos ámbitos de la vida, aunque suene duro decirlo.

Trabajar las relaciones de poder con las mujeres en vez de los mandatos de un modelo de masculinidad «x» sobre los hombres. Es ver de qué manera nos relacionamos con ellas. No sirve abordar «la paternidad» en general y cómo a los hombres supuestamente se nos ha incitado a no desarrollar un vínculo profundo con las hijas y los hijos, sino, en particular, el vínculo compartido y corresponsable con ellas. No se trata de trabajar con los hombres «el compromiso» (podemos asumir mucho compromiso con el trabajo, con otros hombres, con actividades que no realicen, etc.), sino el compromiso con las mujeres que vinculamos y que tiene que ver con la estructura social patriarcal.

Sortear la tendencia de los hombres a la desidentificación con el machismo, promoviendo la idea de que todos los hombres, de un modo u otro, sacamos provecho de la desigualdad. Para hacerlo es importante resaltar que no se trata de «buenas» y «malos», pero que tampoco se trata de «algunos hombres» o de «demasiados». Hay que transmitir la idea de que los hombres conformamos un mismo grupo social y que, como tal, ocupamos un lugar particular respecto a las mujeres.

No poner tanta energía en generar referentes y, de hacerlo, no sirve con que se posicionen a favor del feminismo o en contra de la violencia machista, porque de esos ya se vieron muchos y vuelve a generar la idea de que con posicionarse del lado de la igualdad ya está todo hecho. Se trata, en todo

caso, de mostrar hombres que, de forma autocrítica, reconozcan en sí mismos el machismo que habitamos y promuevan una disposición a cuestionarse y a cambiar el lugar desde el que se relacionan con las mujeres. Hombres que hablen de sexismo en primera persona del plural y del singular, que no se eximan ni se distingan constantemente del machismo más evidente, sino que hilen las violencias más explícitas con las más sutiles y que hagan un trabajo personal al respecto, no solo expresado con palabras.

Como cierre de este apartado, queda señalar la importancia de alimentar en los hombres la «traición de clase». El señalamiento crítico entre iguales, especialmente dentro de las clases dominantes, constituye una potencial forma de estimular el cambio. La legitimidad y autoridad que el propio patriarcado otorga a los hombres deben ser utilizadas para la consecución del objetivo último de erradicar la violencia, la explotación y el aprovechamiento de la clase sexual de los hombres sobre la clase sexual de las mujeres.

Bibliografía

- ALTHUSER, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de estado / Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- AZPIAZU, J. (2017). *Masculinidades y feminismo*. Barcelona: Virus.
- BONINO, L. (2006). Micromachismos, el poder en la pareja «moderna». Voces de hombres. Disponible en: <https://vocesdehombres.files.wordpress.com/2008/07/micromachismos-el-poder-masculino-en-la-pareja-moderna.pdf>
- (2004). Obstáculos y resistencias masculinas al comportamiento igualitario. Disponible en: http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0520.pdf
- CABANAS, E., e ILOUZ, E. (2019). *Happycracia*. Barcelona: Paidós-Ed. Planeta.
- CHIHU AMPARÁN, A., y LÓPEZ GALLEGU, A. (2004). El «análisis de los marcos» en la obra de William Gamson. *Estudios Sociológicos* XXII, 65. 435-460.
- CHOULIARAKI, L. (2021). Victimhood: The affective politics of vulnerability. *European Journal of Cultural Studies*, 24(1): 10-27.
- CONNELL, R. (1995). *Masculinities*. Cambridge: Polity Press.
- COVAS, S. (2009). *Hombres con valores igualitarios: historias de vida, logros alcanzados y cambios pendientes*. Madrid: Ministerio de Igualdad, Gobierno de España.
- (2019). ¿Desde qué imaginarios de hombres nos relacionamos las mujeres con los hombres? *Revista Galde*. Disponible en: <https://www.galde.eu/>

es/desde-que-imaginarios-de-hombres-nos-relacionamos-las-mujeres-con-los-hombres/

- DELPHY, C. (1982). *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*. Barcelona: LaSal.
- FRYE, M. (2022). *Las políticas de la realidad*. Sevilla: Labrys.
- GARCÍA-MINGO, E., y GONZÁLEZ, L. (2023). *Activistas de los Derechos de los Hombres en España: ideólogos y víctimas arquetípicas de la manosfera en Misoginia online: la cultura de la manosfera en el contexto español* / Yanna G. Franco, Asunción Bernárdez Rodal, ISBN 978-84-19588-44-9, 135-152.
- GUILLAUMIN, C.; TABET, P., y CLAUDE MATHIEU, N. (2005). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Buenos Aires: Brecha Lésbica.
- GURIN, P., y MARKUS, H. (1989). *Cognitive consequences of gender identity*. In S. Skevington & D. Baker (Eds.), *The social identity of women* (pp. 152-172).
- JÓNASDÓTTIR, A. (1993). *El poder del amor*. Madrid: Cátedra.
- LAGARDE, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Ed. horas y HORAS, España.
- LORENTE ACOSTA, M. (2018). *Monstruos S.A.* Disponible en: <https://miguelorenteautopsia.wordpress.com/2018/01/24/monstruos-s-a>
- MARTÍNEZ REDONDO, P., y LUJÁN ACEVEDO, F. (2020). *Hombres y adicciones. Intervención desde perspectiva de género*. Madrid: UNAD.
- MIGUEL, A. de (2015). *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Madrid: Cátedra.
- MILLET, K. (1970). *Política sexual*. Madrid: Cátedra. 2010.
- MORALES ALBARRÁN, O. (2020). «Los hombres, al mostrar nuestros miedos y fragilidades estamos consiguiendo cinco cosas». *Tribuna Feminista*. Disponible en: <https://tribunafeminista.elplural.com/2020/05/los-hombres-al-mostrar-nuestros-miedos-y-fragilidades-estamos-consiguiendo-cinco-cosas/>
- REQUENA, A. (2022). *Roberto Garda: El hombre de las nuevas masculinidades antes de te controlaba con su enojo y ahora con su llanto*. *ElDiario.es*, 4 de junio. Disponible en: <https://www.eldiario.es/sociedad/roberto-garda-hombre-nuevas-masculinidades-controlaba-enojo-a-llanto128-9043102.html>
- SAIZ, M., y MORALES, O. (2020). *Noches seguras para todas*. Federación de Mujeres Jóvenes. Disponible en: [file:///home/dell/Descargas/I-Informe NochesSegurasParaTodas.pdf](file:///home/dell/Descargas/I-Informe%20NochesSegurasParaTodas.pdf)
- THIERS-VIDAL, L. (2010). *De L-Enememi principal aux principaux ennemis*. - L-Harmattan.

Biodata

Olmo Morales Albarrán es sociólogo por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Ha cursado el máster oficial en Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales (UCM), culminado con un trabajo de fin de máster titulado «Masculinidad y movimientos sociales». Está especializado en teoría crítica feminista y masculinidad. Ejerce como investigador social, consultor, formador de equipos profesionales y facilitador de grupos de hombres, así como docente en posgrados de distintas universidades. Trabaja con un amplio espectro de población masculina desde hace quince años centrándose en las relaciones de poder y siempre con el objetivo de promover la equivalencia existencial entre hombres y mujeres. Es cofundador de la cooperativa Hybris Investigación e Intervención Social, colaborador del Centro de Estudios de la Condición Masculina y cofundador de la entidad Subjetividad Masculina y Cambio.